

# *Todos le llamaban Tomate*

Un cuento de Ursel Scheffler  
Con ilustraciones de Jutta Tim  
Übersetzt von Katja Scheffler  
Editorial Ravensburger

Page 1

Había una vez en una ciudad un hombre, que tenía una gorda y roja nariz. Su nariz se le había congelado en un gélido invierno, cuando todavía vivía en un país mucho más frío que el nuestro. Cada año, cuando llegaba el invierno, se le ponía de un rojo intenso.

Cuando los vecinos se cruzaban en la calle con aquel hombre, se giraban y decían: “¡Mirad su nariz! Es roja como un tomate. Seguro que es un borracho”. Y como no sabían pronunciar su extraño nombre, le llamaban sencillamente “Tomate”.

Llegó un día de febrero, más frío de lo normal.

El hombre quería ir de compras. Se puso su abrigo, se enrolló una gorda bufanda de lana al cuello y cogió su sombrero.

Al salir de casa, su aliento formó pequeñas nubes blancas en el aire cristalino de invierno. Tanto frío hacía.

Page 2

Junto al parque municipal había unos niños jugando en la nieve. El hombre se detuvo y se quedó contemplándolos un rato.

Cuando los niños notaron que el hombre los observaba, hicieron un corrillo y cuchichearon entre ellos: “¡Mirad aquel hombre! ¡Cómo nos está observando! ¡Y qué pinta tiene con esa nariz que parece un tomate! Ahora se tapa la cara con su bufanda, ¡será para que nadie lo reconozca! ¡Seguro que es un ladrón!”

Los niños echaron a correr chillando. Bajaron corriendo hacia el lago, donde había otros niños patinando y les contaron lo del extraño hombre.

El hombre con nariz de tomate no sabía por qué los niños se fueron corriendo, así de repente; él siguió lentamente su camino.

Page 3

Por la tarde el teléfono de la comisaria nº7 estaba que echaba humo: un atraco a un banco en la Plaza de Correos, un robo a una joyería en la estación de tren y varios accidentes de tráfico. Un menor había desaparecido.

“¡Seguro que es un secuestro!”, sospechaban unos padres alterados.

“¡Un ladrón fue visto en el parque de la ciudad!”, dijo un hombre.

El comisario Tomás Sanz ordenó por radio la salida de los coches patrulla.

Él mismo fue preguntando por toda la ciudad, si alguien podía describir al ladrón.

“¡Sí! Hace un rato vi a alguien corriendo con un abrigo y con un extraño sombrero cruzando la Plaza”, dijo el panadero, cuya tienda estaba situada junto al banco.

“El tipo que atracó nuestra tienda llevaba una bufanda roja que le tapaba la cara.

¡Dejó caer el botín en un paraguas!”, relató el joyero.

“Ladrón con bufanda roja, sombrero y abrigo”, murmuró Tomás Sanz mientras anotaba todo en su bloc de notas. “Correcto. ¡Ese era exactamente el aspecto del hombre! ¡Debe de tratarse del hombre de nariz de tomate!”, gritaron los niños que habían estado jugando en el parque municipal.

“Merodeaba entre los matorrales y nos miraba de forma rara”.

“Vaya, vaya”, dijo el comisario Sanz. “¡Una nariz tan roja como un tomate!”

Y entonces dictó una orden de búsqueda según las descripciones de la gente.

Page 4

El rumor del peligroso hombre de nariz de tomate se extendió por toda la ciudad.

Y con cada caso que la policía no sabía esclarecer en seguida, todos decían: “¡Solo puede tratarse del ladrón Tomate!”.

Un par de días después, el hombre, que no sabía que la gente sospechaba de él, entró en una panadería para comprar pan.

Apenas pisó la tienda, cuando el panadero salió corriendo a la calle gritando: “¡Socorro! ¡Un atraco! Hay un ladrón en mi tienda

Es el ladrón Tomate. ¡Lo he reconocido por su nariz!”.

El hombre se dio cuenta entonces de que la gente lo consideraba un ladrón y salió corriendo tan rápido como pudo.

Cuando llegó a su calle, casualmente patrullaba por allí un coche de policía. “¡Me están siguiendo!”, pensó Tomate llevándose un susto de muerte, y siguió corriendo como si le persiguiera el mismísimo diablo. Corrió y corrió, hasta que por fin, se encontró en las afueras de la ciudad. No quería volver nunca más a la ciudad, donde se le consideraba un ladrón. Pero, ¿dónde se podía quedar?

Page 5

Después de vagar de un lugar a otro, el hombre descubrió una vieja casa abandonada. La puerta estaba abierta. Había un colchón en un rincón. Tomate se acurrucó en su abrigo y agotado se quedó dormido.

Tomate se despertó porque tenía frío. Recogió madera y otras cosas para quemar. Pero no se atrevió a encender un fuego por mucho tiempo, por miedo de que el humo lo delatara.

Cada día que pasaba tenía más hambre. Siempre esperaba a que llegase la noche, antes de salir de su escondite. Entonces, corría por los campos

Page 6

y trepaba por las vallas y los setos. Robaba patatas y zanahorias de graneros y cobertizos.

Cuando empezó a hacer más frío, rondaba por las casas en las que había calor.

En una ocasión descubrió la ventana abierta de un sótano y se coló por ella.

Se llevó una manta calentita y un jersey viejo, además de un bote de cerezas en conserva. La gente ni se daba cuenta de ello.

Tenían bastantes provisiones. Tomate pensó: “¿Seré ahora un ladrón de verdad?”. Y mientras corría de vuelta a la vieja casa, se giraba temeroso para asegurarse de que nadie le estuviera siguiendo.

Page 7

Por fin llegó la primavera. Una mañana, el suave sol de marzo que entraba por la ventana animó a Tomate a salir de la casa.

Se sentó en la escalera de piedra y comenzó a parpadear deslumbrado por la luz. Por primera vez en mucho tiempo no sentía frío.

Poco después se quedó dormido. Por lo que no se dio cuenta de que dos hombres se acercaron a la casa. Se trataba del comisario Tomás Sanz

y del concejal Félix Pérez.

“Esa es”, dijo el comisario, señalando hacia la casa.

“Un viejo edificio; no vale para nada.”

“No pasa nada”, dijo el concejal. “Lo van a derrumbar de todas formas.

Pero el sitio es perfecto para nuestro orfanato”.

Y entonces los dos rodearon la casa.

Page 8

Cuando sus sombras cayeron sobre Tomate que todavía estaba durmiendo, éste soñaba con que se abalanzaba un monstruo sobre él.

Se levantó pegando un grito y salió corriendo arrollando a Félix Pérez.

“¡Pero... pero si éste es el ladrón Tomate!”, exclamó Tomás Sanz alterado, ayudando al concejal a levantarse.

“¿El ladrón Tomate?”, preguntó Félix Pérez sorprendido. “¡Y yo que pensaba que no era más que un rumor! “El atraco al banco y el robo de joyas se esclarecieron hace tiempo. ¡Y lo de la niña, solamente fue que se había perdido!”.

“¡Pero... mire usted con sus propios ojos cómo corre! Es que el que sale corriendo así,

Page 9

es porque tiene mala conciencia. ¡Soy policía, es mi deber perseguirlo!”, y se echó a correr detrás del fugitivo. Pero entonces pasó algo extraño.

Tomate que casi ya había alcanzado la linde del bosque, se detuvo, se giró y volvió atrás. Al principio dudando y luego cada vez más rápido.

A mitad del camino se encontró con el comisario. Tomate le extendió sus manos y dijo: “¡Deténgame! Estoy harto de huir. No quiero seguir merodeando de noche por las casas, y tener que robar”.

“Esto es una confesión”, dijo el comisario. “Señor... eh... Señor Tomate o como se llame, ¡queda usted detenido!”.

Page 10

La mañana siguiente, el chico que distribuía los periódicos gritó lo más alto posible por toda la plaza del mercado:

“¡El ladrón Tomate ha sido detenido!”

Aun al mediodía, la gente se peleaba en los kioscos para conseguir la última tirada del periódico.

“¡El que roba es malo!”, gritó una mujer indignada.

“Quizá todo pinta de otro color cuando se tiene hambre y frío”, opinó un joven que estaba comprando unos churros.

“¡¿Pero usted qué sabe?!”, exclamó el panadero. “Si yo he visto como entró en mi tienda. Menos mal que ahora está entre rejas”.

“No tiene la culpa”, opinaron algunos.

A la mayoría de la gente no le importaba. Pensaban: Al fin y al cabo es cosa de la policía descubrir si es un ladrón o no. ¿A nosotros qué nos importa?

Page 11

Un poco después, Tomás Sanz se encontró con el concejal Félix Pérez en el pasillo del ayuntamiento. “Por cierto, ¿qué ha pasado con el tal Tomate, Señor Sanz?”, preguntó el concejal.

“¿Con Tomate? Pues nada, no hubo denuncia alguna contra él. Así que lo hemos soltado”, contestó Sanz.

“Soltarlo no es ninguna solución”, opinó el Señor Pérez. “Tenemos que ocuparnos de él. Si no, vuelta a empezar.”

“¿Pero qué podemos hacer nosotros?”, pensó Tomás Sanz.

“Deberíamos intentar sobre todo, conseguirle un trabajo”, propuso el concejal.

“Yo me encargo”.

Y cumplió con su palabra, encontrándole un trabajo a Tomate.

Page 12

El lunes Tomate vació las papeleras del parque municipal.

El martes ayudó con la recogida de basura.

El miércoles encontró trabajo en el mercado semanal.

El jueves limpió las ventanas de las cocheras de los autobuses.

El viernes barrió las aceras con una gran escoba.

El sábado y domingo estuvo a solas.

Tomate estaba contento por haber encontrado trabajo.

Pero no era feliz.

Page 13

Una tarde de otoño, cuando Tomate estaba recogiendo las hojas del parque municipal, tropezó con el Señor Pérez.

“Buenos días, Señor... ¡Ay! ¿Cómo se llama usted en realidad?”, preguntó el Señor Pérez un poco avergonzado.

“Tranquilo, llámeme Tomate. Así me llaman todos y ya me he acostumbrado”, dijo Tomate mientras recogía las hojas de otoño con un rastrillo. Se alegró por haberse encontrado con el Señor Pérez, ya que apenas hablaba con nadie.

“De acuerdo entonces, Señor Tomate, nuestro orfanato estará listo dentro de poco. Lo que nos falta ahora es un buen administrador. Uno que disfrute de la compañía de los niños. ¿Le gustaría ese trabajo?”

“¿A mí?”, preguntó Tomate, mirando al Señor Pérez con asombro.

“Sí... quiero decir, por supuesto, solamente si le interesa”, añadió rápidamente el Señor Pérez. “A mí me encantan los niños. No podría imaginarme un trabajo mejor“, contestó Tomate.

Page 14

Una vez terminado el orfanato, se instaló allí Tomate junto con los niños. Los niños se acostumbraron enseguida a él. ¿Y su nariz roja? ¡Ya ni siquiera se daban cuenta! Ahora era su amigo. ¡Alguien que siempre tenía tiempo para ellos! Siempre venían corriendo a pedirle algo y él siempre tenía buenos consejos.

Tomate recordó de nuevo todos los antiguos juegos de su niñez. Y por supuesto también tenía ideas nuevas. Con el resto de la madera de la construcción levantó junto con los niños un parque infantil detrás de la casa.

Una noche sentados en el prado, asaron patatas y manzanas en el fuego. Tomate contemplaba el humo y recordó como, no hacía mucho tiempo, estaba sentado allí a solas, temiendo que el humo del fuego le pudiera delatar.

Un niño se le acercó y le dijo:

“Señor Tomate, ¿quiere usted una manzana?”

Entonces Tomate se dio cuenta de que era feliz.

Todos le llamaban Tomate

Un cuento de Ursel Scheffler con ilustraciones de Jutta Timm  
publicado por primera vez en 1994 por NordSüd Verlag.